

LA REVOLUCION MEXICANA

Dr. E. J. Dillon.

Los perros ladran y aullan, pero
la caravana prosigue su camino.
(Proverbio árabe)

HOMBRES - NO PRINCIPIOS.

De todas las insurrecciones mexicanas, la encabezada por el señor Adolfo de la Huerta es, para el cronista, la más descabellada, porque parece casi inexplicable. Entre los motivos que tuvieron sus autores, buscamos en vano ideas sensatas, fines que pudieran lograrse. Le faltó hasta ese elemento ético-racional que hace la diferencia toda entre una aventura política y un crimen abominable. Ni aún la teoría del egoísmo inteligente nos da la clave de su origen. Los rebeldes, carentes de orientación y de principios, tomaron el nombre de un jefe y lo inscribieron en su bandera. Ahora bien, dice un proverbio árabe: "un nombre honorable disimula el robo y otros crímenes", pero debe contarse con ese nombre, y De la Huerta había sido privado de él por su Jefe, el Presidente Obregón, y por su colega nortamericano, Thomas Lamont.

Pero defectuoso como era, el elemento personal era el todo. Y el único cimiento capaz de conservar en armonía los elementos heterogéneos de una rebelión en favor de una persona, es la lealtad a esa persona, en tanto que el dogma en el nombre del cual aquellos individuos violaban sus juramentos solemnes y tornaban sus armas contra el Gobierno, era la negación de la lealtad y de la verdad. En congruencia con este axioma disolvente intrigaron unos contra otros desde el principio. Ciertos jefes militares repudiaron abiertamente la autoridad y mando de De la Huerta, mientras que éste, hi

pócritamente, les preparaba la trampa. Debe decirse en justicia que si por cualquier circunstancia esta olla podrida de ambiciones frustradas y apetitos desordenados hubiera logrado derrocar al Gobierno constituido, sus componentes se hubieran despedazado unos a otros y el caos se hubiera cernido sobre el desdichado pueblo mexicano.

Desde el punto de vista político no había justificación, ni siquiera un pretexto plausible para la violencia y la guerra civil. El Gobierno de Obregón estaba abriéndose camino entre los obstáculos naturales y artificiales. Después de años de luchas civiles y de terrible destrucción, la República iba convaleciendo rápidamente. El comercio y la industria iban recuperando su vitalidad. El capital extranjero había comenzado a fluir dentro del país de manera tan abundante, que el Gobierno había tenido que tomar medidas para encauzarlo. Se planeaban o estaban ya en vías de realizarse proyectos para la irrigación de campos fértiles, para el dragado de los ríos, la construcción de carreteras internacionales, la extensión de las redes ferrocarrileras, la creación de nuevas industrias nacionales, la colonización de vastas extensiones por expertos agricultores europeos. La labor para mejorar el promedio de cultura del pueblo iba progresando. Bajo la dirección del Ministro Vasconcelos, estaba en su apogeo la cruzada contra el analfabetismo y el entusiasmo contagioso obraba milagros de negación personal entre los apóstoles de la educación. Los tribunales de justicia estaban siendo depurados de los elementos nocivos. La propiedad rural era implantada entre los necesitados y se desarrollaba repartiendo voluntaria o forzosamente secciones de latifundios inmensos. Todos los terrenos pertenecientes al Gobierno eran fraccionados y repartidos entre los campesinos capaces y dispuestos a cultivarlos. En una palabra, el Presidente Obregón había cumplido sus promesas a la Nación dentro -

de los límites de lo posible y se disponía ya para hacer entrega del puesto a su sucesor.

Las naciones extranjeras, convencidas de que la nave mexicana estaba por fin en las manos de un piloto inteligente, habían reanudado las relaciones con su Gobierno y luchaban entre sí por lograr esa amistad que trae consigo un intercambio y un comercio lucrativos.

Alternaban estas ventajas con serios obstáculos. La producción estaba aún muy por abajo del nivel de los tiempos normales, de los países extranjeros y de las necesidades nacionales. Las huelgas eran frecuentes, costosas y a menudo irracionales. De la Huerta, ante el asombro de muchos, había hecho tal desbarajuste de las finanzas, que además de perder su propio crédito, había puesto en serio peligro el crédito de la Nación, y el Gobierno Federal luchaba contra la inopia. El Congreso ponía trabas constantes y el abuso indebido de la inviolabilidad parlamentaria llegaba ya a ser intolerable. El cohecho y la corrupción carcomían las entrañas de ciertas ramas de la administración, a despecho de las medidas drásticas adoptadas por el Gobierno Central para exterminarlos.

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES.

Pero aun admitiendo estas influencias nocivas y otras que aún subsisten, es justicia decir que México estaba en el camino de la prosperidad. Los ciudadanos conscientes estaban por ello medianamente satisfechos, los comerciantes llenos de esperanzas, la mayoría del pueblo estaba absorta en sus atenciones del momento, muy lejana a la esfera de la política, y lo que todos querían era paz. Y la paz era el objetivo principal del Gobierno. Sería, sin embargo, demasiado el decir que el horizonte estaba completamente despejado.

Las elecciones, que en muchas Repúblicas americanas son origen de disturbios, no podían ser menos en México, pero prometían pasar sin hacer más que gestos espasmódicos de violencia, porque todos los beneficios políticos para la conquista de los cuales se habían ideado y llevado a cabo las revoluciones del pasado, habían sido ya adquiridos por y para el pueblo, que no tenía más que asimilárselos. No había ya tiranía que derrocar ni principio que imponer; además, la mayoría del pueblo estaba cansada del derramamiento de sangre, deseosa de una existencia normal y totalmente indiferente a la política y a los políticos. Pero con el objeto de hacer que la seguridad fuera doblemente firme, el Presidente Obregón tomó una medida precautoria, que debió de haber satisfecho aun al más intransigente de los representantes de partido. Escogió como Secretario de Gobernación a un caballero cuyo nombre es en la República el símbolo de la justicia y de la honradez. Este ciudadano excepcional, llamado Celunga, había sido electo para el puesto de Gobernador de Guanajuato por los dos partidos contrincantes del Estado—un fenómeno de rara frecuencia y de alta significación. Fué entonces cuando Obregón le confió la Secretaría de Gobernación, con el deliberado propósito de lograr que cada partido recibiera igual trato de las autoridades centrales y para que ninguno de ellos gozara de favor o privilegio.

Pero el destino trabaja en la obscuridad subterránea, creando fuerzas que, aunque aparentemente no tienen relación entre sí, se coaligan repentinamente produciendo resultados imprevistos. La entrada de De la Huerta a la campaña presidencial fué uno de esos factores del destino. Conocido este político ampliamente, y por un tiempo hasta favorablemente en la República, tuvo que ser despojado de todo su prestigio por el Presidente Obregón, quien públicamente lo estigmatizó como el Ministro que deliberadamente había sacrificado

do los intereses de la comunidad a sus propias y ruines ambiciones. Aunque a muchos pareció demasiado severa esta sentencia, se rumora que, hechos que aún no han sido dados a la publicidad, hubieran merecido un lenguaje mucho más enérgico. De cualquier manera, las circunstancias que precedieron y acompañaron la candidatura del señor De la Huerta, eran desfavorables al hombre mismo y auguraban un mal fin a su aventura. No descendió a la arena por su gusto, sino impulsado por políticos sin escrúpulos y gladiadores profesionales. Desde el principio hasta el fin hizo el triste papel de un instrumento inconsciente. Repetidas veces había asegurado a la Nación que estaba resuelto a no tomar parte en la campaña presidencial. Y cuando los instigadores políticos le urgían por que reconsiderara su decisión, respondió: "Bajo ningún concepto. He pensado cuidadosamente el asunto y he llegado a una firme resolución." A los que todavía insistieron, les contestó que había expuesto su decisión final con todo el énfasis posible y que sostendría lo dicho. Aseguró a los periodistas que lo entrevistaron, que era un ardiente simpatizador del General Calles, a quien miraba como el candidato más deseable en la República, y finalmente exclamó: "Nunca será un problema para mi patria!"

Especialmente interesante e instructiva es una conversación que sostuve con el General Arnulfo Gómez, jefe de la Guarnición de la Plaza, quien me la refirió. Algún tiempo antes de la rebelión, él y De la Huerta estaban discutiendo precisamente este asunto en la Secretaría de Hacienda, y este último expresó el disgusto que le causaba el que su nombre fuera incluido entre los candidatos, asegurando a Gómez que no cedería a presión de ninguna clase. Como el General lo mirara escépticamente, De la Huerta juró solemnemente por sus hijos que no se apartaría ni un ápice de su decisión y agregó

la siguiente baladronada: "Puede usted escupirme la cara si falta a mi palabra".

A la luz de los acontecimientos posteriores, estas afirmaciones nos recuerdan las decisiones solemnes que toman los borrachos carentes de voluntad, quienes, por temor a su propia vacilación, buscan la manera de atar su voluntad, de una manera irrevocable, a algo que no está bajo su dominio. Apenas había conveído De la Huerta a la opinión pública de que se sostendría en lo dicho, cuando los instigadores políticos lo hicieron cambiar de opinión y oponerse a su candidato favorito.

No bien había cruzado de esta manera el Rubicón, cuando le fue impuesto el apoyo de los reaccionarios de varias partes de la República. Y lo aceptó resueltamente. Así las cosas, los reaccionarios, inclusive petroleros, comerciantes, ricos hacendados, europeos que conservan sus nacionalidades, formaron el núcleo de su séquito. El director de su campaña electoral, y ciertamente de su destino, era un precezo joven político, llamado Prieto Laurens, quien siendo diputado y Gobernador de un Estado, se consideraba a sí mismo como un super-hombre y creía que la República y todo lo que estaba dentro de ella, era suyo y que podía modelarlo como un alfarero modela el barro. Su golpe maestro fue el quejarse de que no estando suficientemente seguras en el Distrito Federal las preciosas vidas de él y sus compañeros, él, la Legislatura, la administración y el Presidente, debían todos trasladarse al Estado en donde como Gobernador era un reyzeulo. Uno de los objetos de este movimiento era el de mezclar al Presidente en el meromágnua electoral, para que la mayoría parlamentaria que se hallaba con Calles protestara contra el traslado y se rehusara a ir. Obregón, sin embargo, conservó su serenidad, en tanto que Prieto Laurens se sobrepasaba. Insultó al Presi-

dente públicamente, de una manera que no hubiera sido tolerada fuera de México; luego huyó a Veracruz con De la Huerta y enarboló la bandera de la rebelión, bajo los auspicios del General Guadalupe Sánchez, Jefe de las Operaciones Militares de aquel Estado.

Pero el movimiento no era una improvisación. Había sido cuidadosamente pensado y preparado pérfidamente. Fueron conseguidos dinero y armas sin dificultad y de manera tan abundante que los conspiradores no tuvieron recelos sobre este punto.

Hasta qué punto (si ello fué así) las fuentes de esa abundancia radicaban en los Estados Unidos, es cuestión que, estando aún sub-judice, no entra en el análisis de este estudio. Es innegable el hecho de que el representante de una Compañía americana de petróleos, fué acusado públicamente por el General Calles de estar colectando fondos para De la Huerta, y que cuando tuvo oportunidad de desmentir esas declaraciones, se abstuvo de hacerlo, y que poco tiempo después abandonó México sin haber sido expulsado como pernicioso. Se había estado trabajando sistemáticamente para crear el descontento entre varias divisiones del Ejército, que sólo esperaban la señal para rebelarse. Los cónsules mexicanos y los cuerpos diplomáticos en varios países extranjeros, especialmente en Alemania, habían sido diligentemente acosados por los investigadores hasta que se mancharon con la deslealtad y quedaron listos para apropiarse, en un momento dado, todos los fondos disponibles para dedicarlos a la insurrección o a sus necesidades personales.

Como el objeto principal del levantamiento era exclusivamente personal, algunos ligeros rasgos de los caracteres y antecedentes de los líderes nos darán la más clara idea de su significación.

ADOLFO DE LA HUERTA.

De la Huerta fué por un momento la figura principal. Como por

varios años había aparecido ante el público con el halo del patriota y como un financiero y estadista, los investigadores decidieron coggerlo entre sus redes y hacer la mayor propaganda posible de su fama, para ganar la estima y la confianza pública. Y esta fama parecía considerable. Algunos años antes había sido electo Gobernador del Estado de Sonora y como tal había jugado aparentemente una parte muy importante en el movimiento revolucionario que derrocó el régimen de Carranza. La historia escrita lo presenta realmente como si hubiera tenido dificultades con dicho Presidente y como si lo hubiera desobedecido, desafiado, combatido y, por último, ayudado a deponerlo. La buena impresión que logró de esa manera, fué confirmada e intensificada cuando después de la muerte de Carranza fué elevado a la categoría de Presidente Provisional de la República. El hecho más notable, mientras ocupó la silla presidencial, fué cohechar, a expensas de la Nación, al azote de México y uno de los criminales más diabólicos del mundo, Pancho Villa, para impedir que continuara su desenfrenada destrucción de la vida y de la propiedad. Después de esto, y durante los primeros tres años del régimen obregonista, De la Huerta desempeñó la cartera de Hacienda y llevó a cabo el célebre convenio con el Comité Internacional de Banqueros. Ni una palabra de crítica, nada sino elogios superlativos se escucharon en los informes publicados sobre esta parte de sus trabajos.

¿Otro triunfo de estadista y de genio? Así pareció por un tiempo. Y cuando, como un rayo caído del cielo, el veredicto de Obregón expuso a De la Huerta ante la deshonra pública, el pueblo se preguntó cómo era posible que un hombre con tantos buenos antecedentes se hubiera rebajado tanto (a las sombras de la noche, por decirlo así). Los amigos de De la Huerta atribuyeron a la envidia los cargos he-

chos contra él; pero pronto fueron revelados ciertos hechos que le echaron por tierra esa teoría.

La solución final del problema es esta: A través de su carrera pública, De la Huerta no ha sido nunca más que un individuo vanidoso, voluble y pasivo, un mero hombre de paja, que debió su éxito al hecho de haberse encontrado en compañía y bajo la influencia de hombres de principios y voluntad férrea, que lo emplearon para fines que eran humanitarios y constructivos. Tan luego como abandonó la compañía de éstos, cayó entre otro tipo de seres humanos, que lo amoldaron a su gusto, siendo completa la transformación. Por lo tanto, como Gobernador de Sonora no era más que el maniquí del General Calles, quien le elevó a ese puesto porque, habiendo proclamado el dicho Estado la política socialista, deseaba asegurar su continuación y necesitaba un sucesor obediente. La actitud aparentemente digna de De la Huerta, como Gobernador hacia Carranza, el Presidente tirano, es también el resultado de una leyenda amistosa. Es un hecho innegable que su comportamiento fue al principio vacilante y después cobarde. En el momento más crítico opinó por cruzar la frontera e internarse a los Estados Unidos, mientras pasaba la tempestad. Se oponía decididamente a una resistencia sistemática. Fue el General Calles quien nuevamente lo obligó a hacer frente al asunto y a desafiar a Carranza. Incitado así a una actitud revolucionaria, De la Huerta tuvo que hacer lo que le decían y a su tiempo fue elevado al poder y a la fama.

El premio inmediato por estos actos de obediencia fue la Presidencia Provisional de la República, que debió exclusivamente a los Generales Obregón y Calles. Hasta allí había sido favorecido por la fortuna, cuyo aspecto, según sabemos, se asemeja tanto al del genio, que así el público como el afortunado suelen confundir-

lo. Tal es el origen de esas inmortalidades de un día, tan comunes en tiempos y en países demócratas.

El nombramiento de De la Huerta como Secretario de Hacienda, no fué sino otra de las varias maneras con que el Presidente Obregón demostró su amistad y su confianza a su plástico partidario. Ciertamente no guardaba ninguna relación con la capacidad del nuevo Ministro, quien no había tenido más que unos cuantos años de aprendizaje en una sucursal provinciana de un Banco mexicano, y por lo tanto desconocía por completo las finanzas nacionales. A mí me sorprendió y expresé mis ideas sobre éste y aquel nombramiento ministerial, en la irreverente observación de que el Presidente Obregón estaba imitando a la divinidad y creando a su primer hombre del polvo. Pero el Presidente me dijo: "De la Huerta es un hombre de honradez imaculada, incapaz de desviarse un ápice de la rectitud. Inspirado por ideas de alta moral, trabajará incansablemente hasta que haya dominado todos los detalles de su trabajo. ¿Qué más puede pedirse?"... Realmente, ¿qué más? ¿Pero qué sucede si el idealismo de un hombre así no es más que fruto de su inexperiencia? Desde entonces ha resultado ser esto y nada más.

Al estar representando a su país en los Estados Unidos y negociando con el Comité Internacional de Banqueros, don Adolfo parecía haber desarrollado una nueva personalidad. Se había vuelto la propia encarnación de la vanidad y de la ambición, de lo cual lo hubiese protegido un ligero conocimiento de sí mismo. En sus mensajes de Nueva York hacía alusión a su trabajo como si fuera sobrehumano; caracterizaba sus esfuerzos como titánicos, adoptaba algunas veces un tono arrogante, otras un tono enojadizo hacia su Jefe y hasta estaba en favor de los banqueros y en contra del Gobierno Mexicano. Cuando terminó su misión, insistió en visitar al Presidente Harding

y solicitó del Presidente Obregón una escolta de cien soldados para que lo esperara en la frontera y le hiciera una especie de triunfal recepción.

Durante esas semanas críticas, el afecto del Presidente

12

hacia De la Huerta se enfrió considerablemente.-Su opinión sobre el carácter de De la Huerta sufrió también un cambio notable. Y cuando cierto día llegó un telegrama del señor Tomás Lamont, acusando al Secretario de Hacienda de México de deliberada mala fé, con pruebas irrefutables, terminó la ceguera que en Obregón causaba la amistad. Pero solo de ese detalle se enteró por el momento el Presidente. No fué sino hasta que De la Huerta dejó su puesto con el fin de iniciar su campaña como candidato a la Presidencia, cuando descubrió su sucesor una serie de graves abusos, y el informe que rindió no fué sino un cargo a De la Huerta de malversación sistemática de los fondos públicos para fines desconocidos.

LA ASTUCIA DE DE LA HUERTA.

Fué entonces cuando descubrió don Adolfo su verdadero campo de acción en el terreno de la lucha electoral y en todo lo que le atañe; en ese terreno demostró que no tiene rival en el país. Sigue los sistemas de los beligerantes europeos durante la guerra mundial: sólo que perfeccionados, intensificados y adaptados a la idiosincrasia de sus compatriotas. Ciertas cartas dirigidas a sus amigos, exhortándolos a traicionar su fé y a sumergir el país en la lucha fratricida y en el caos, solo por satisfacer su ambición personal, cartas que hoy día pasan de mano a mano, revelan un estado mental que dejaría perplejo al más fino psicólogo. Una de estas epístolas, la dirigida al General Francisco Manzo en los comienzos de la rebelión, es doblemente interesante, ya que exhibe tanto el celo ardiente de De la Huerta trabajando por convertir en un traidor a su amigo, como el miedo sobrenatural que tenía de ser traicionado por alguno de sus partidarios a quienes trataba francamente como compañeros de confianza. El valerse de la amistad para la traición es una base falsa. He aquí la mayor parte de la carta de referencia:

"Mi estimado panzón:

Tu porvenir está en nosotros y te empeñas en seguir la dirección contraria. No debes dejarte llevar por el huracán de la mala reputación y el descrédito que está sacando de quicio al Gobierno. Ese Gobierno está traicionando nuestras Instituciones democráticas y burlando los principios fundamentales de la Revolución, que desde 1910 ha venido proclamando el Sufragio Efectivo. A tí te toca el hacer que lleguemos a una decisión favorable, desde el momento en que de corazón eres de los nuestros. Pero necesitamos tu cooperación y la ~~forma~~ forma en que podrías otorgárnosla es ésta; A nuestra entrada a la ciudad de México, que debe tener lugar dentro de pocos días, ~~xxxx~~ ^(1.) ~~xxxx~~ se desencadenarán seguramente sobre nosotros toda clase de personas mal intencionadas y de ambiciones rastreras.

Ahora bien, es de la mayor importancia para nosotros tener un control absoluto sobre la situación, tanto de la Capital como del resto de la República. No obstante que las fuerzas del General Sánchez son verdaderamente formidables, quiero que tengas absoluto dominio sobre la Capital, aislando a Serrano -si es que fracasas para hacerlo de los nuestros- y también a Arnulfo Gómez, con el objeto de evitar diferencias entre algunos Jefes, cuyos nombres te confiaré a mi entrada a la ciudad de México.

Si te decides a hacer lo que te pido despacha a Arnulfo Gómez en comisión del General Obregón, haciéndole creer por medio de un telegrama falso que le envíes, que es el Presidente quien manda por él, o bien despáchalo a Tampico con el pretexto que quieras. Toma perso-

(1.)-Los Directores de De la Huerta le convencieron de que el éxito inmediato del levantamiento era una conclusión prevista.

14
nalmente y desde luego la Jefatura de Operaciones del Valle de México o nombra provisionalmente a alguno de tu entera confianza poniéndote en contacto inmediato con nosotros. Como es muy probable que Serrano no ceda a la razón y a la justicia, te será muy fácil hacerlo a un lado y emborrachándolo, esconderlo en alguna casa o en cualquier parte, guardándolo prisionero. Trata de hacerlo tan pronto como sea posible, pues es mi creencia que el Gral. Obregón no está destinado a volver a México ya que es seguro que sus propias tropas lo abandonarán.....

Nuestro movimiento lleva apenas ocho días de iniciado pero ya puedes notar, Panzón, cómo el régimen obregonista está tambaleándose - más rápidamente que el de Carranza. La Opinión Pública todo lo aplasta, destruye los ejércitos, barre los obstáculos, conquista las conciencias. Sólo un testarudo, un idiota, se atrevería a oponerse a causas respaldadas por un pueblo..... Ven a nuestro campo, - que es el campo del honor, de la Justicia y de la Raza. Ven a nuestro lado para que te nombre General de División del Ejército que indiscutiblemente, y en muy pocos días, consolidará su triunfo a través de la República entera."

(Carta fechada en Veracruz el 14 de diciembre de 1923.)

¡Cuántas cosas! Jefatura de las Operaciones en el Valle de México, ascenso a General de División, certeza de que la estrella obregonista se apagaría para siempre en unos cuantos días, y sobre todo esta frase: "ven a nuestro campo, que es el campo del honor", dicho todo por el hombre que en la misma carta exhorta al General Manzo para falsificar un telegrama, traicionar a un amigo e inutilizar a otro emborrachándolo y secuestrándolo después. ¡Ciertamente un preámbulo curioso para la regeneración moral de una nación!

A su amigo, el General Fausto Topete, le dirigió varias epístolas igualmente notables y características de este maestro propagandista. Al principiar el levantamiento, el General Topete y su hermano Ricar

15
de estaban en diferentes lugares de la República y como las líneas telegráficas estaban interrumpidas, ninguno podía obtener noticias directas del otro. Uno de los pretextos de la primera carta de De la Huerta fué por lo tanto el dar noticias de su citado hermano Ricardo al General Fausto Topete, diciéndole lo siguiente: "Ricardo, como hombre de rectos principios que siempre ha sido ha ido al campo del honor y de la justicia (que era el de De la Huerta) y se sentiría muy satisfecho por supuesto, si su hermano Fausto hiciera otro tanto." Todavía no era demasiado tarde. El General, que conocía a su hermano, no dió crédito a lo dicho, pero contestó que si fuera cierto y su hermano era un rebelde, lo sentiría profundamente ya que podrían encontrarse muy pronto frente a frente en alguna batalla.

Poco tiempo después de esto De la Huerta envió una segunda carta a su amigo en la cual le informaba con verdadero sentimiento que su hermano Ricardo había sido hecho prisionero por los obregonistas, quienes le mataron de la manera más cruel. No contestó el General Topete esta carta, pues entre tanto habían recibido noticias de su hermano, -- quien, como lo había pensado él desde un principio, estaba combatiendo del lado de las Fuerzas Federales. La invención de De la Huerta era, por tanto, una inmensa y deliberada falsedad.

Antes de que estos actos de propaganda se hicieran públicos, el Jefe de la Guarnición, General Arnulfo Gómez, había escrito una carta -- muy dura a De la Huerta (fecha el día 9 de diciembre de 1923) de la cual son dignos de citarse los siguientes párrafos: "Note que persiste usted en hipocresías y falsedades en la creencia de que de esta manera atraerá partidarios a su tonta aventura..... Recuerde cuando en la Secretaría de Hacienda me juró usted por sus hijos que nunca tomaría parte en la política del país y que me autorizó para escupirle la cara si faltaba a su palabra. Siento no poder hacerlo ya que es usted incapaz de esperarme y enfrentarse conmigo cara a cara. Victoriano Huerta fué más aceptable que usted, pues él traicionaba a sus enemigos,

en tanto que usted ha traicionado a la Revolución y a sus amigos, y esta mancha caerá sobre sus hijos....."

Las personas que conocieron estos hechos cambiaron su previa opinión sobre De la Huerta, llegando algunos de ellos hasta conjeturar, que -- cuando tres años antes obsequió con dineros de la Nación al más vil y formidable enemigo del país -Villa- estaba comprando solapadamente los futuros servicios de un poderoso aliado; pero este cargo no está basado en la evidencia. Otros afirman basándose en hechos sólidos que cuando estaba en la Secretaría de Hacienda hizo el papel de aquel personaje bíblico, que no pudiendo labrar la tierra y teniendo vergüenza de implorar la caridad hizo migas oportunas con el diablo. De la Huerta está acusado de haber creado muchas canongías bien pagados, puestos y comisiones completamente superfluos, con el objeto de dar amodo a sus partidarios, o convertir a su causa, todavía en embrión, a sus enemigos.

Durante el tiempo que él y sus confederados estuvieron en posesión de Veracruz, sustrajeron más de tres y medio millones de pesos de la Oficina de Recaudación, de la Jefatura de Hacienda y de la Administración de Aduanas (Excelsior, marzo 12 de 1924). Los préstamos forzosos, que son una manera de encubrir el latrocinio, se convirtieron en una de las fuentes principales, para sus amigos y partidarios, de ingresos para atender a sus necesidades privadas. Como dijo Voltaire: "Dans toutes les guerres il ne s'agit que de voler."

Este es el hombre que pretendía ser el Moisés del Pueblo Mexicano y que se consideraba tan competente desempeñando su oficio, que con objeto de lograrlo sacrificó la vida de millares de compatriotas, destruyó gran parte de los recursos del pueblo e hizo que su país retrocediera una generación completa. No solamente el público se había equivocado al prejuzgarlo, sino que ni aun él mismo se conocía. Si es cierto que el mejor amigo es el mejor espejo, el señor De la Huerta

17
encontró un fiel amigo en el Gral. Arnulfo Gómez. Tienen los árabes un proverbio que puede servir de epitafio apropiado a los deseos insensatos y a los actos criminales de De la Huerta: "El burro salió en busca de cuernos y perdió las orejas".

RAFAEL ZUBARAN CAPMANY.

Rafael Zubaran Capmany, astuto abogado de Campeche, que fué proclamado temporalmente Jefe de la revuelta con el implícito derecho a la Presidencia Provisional de la República, si se realizaban los sueños de los principales caudillos, es una de las más interesantes y humanas figuras en la galería de rebeldes. Está dotado de magnetismo personal en un grado apenas inferior al del famoso ruso Rasputkine, magnetismo cuya influencia es casi irresistible. Su carácter alegre, su atractiva sonrisa, su dulce voz argentina, sus ojos soñadores y sus amables maneras, le hacían el favorito de todos. Y no es un secreto que esta lijera capa de amabilidad y sentimentalismo ocultaba en forma agradable un espíritu frío, prudente y calculador, que rara vez permite a los principios abstractos, de cualquier naturaleza que sean, poner en peligro el éxito de sus propios intereses. Y en su caso, a través de todas sus arriesgadas empresas, se adivina el auri sacra fames. Como abogado, Zubaran es astuto, insinuante, acomodaticio, en

~~trictos, destruyé gran parte de los recursos del pueblo e hizo que su país retrocediera una generación completa. No solamente al público estaba equivocado en el juicio que sobre él se había formado, sino que ni aún él mismo se concedía. Si es cierto que el mejor amigo es el mejor espejo, el señor de la Huerta encontró un fiel amigo en el General Arnulfo R. Gómez. Tienen los árabes un proverbio que puede servir de epíteto apropiado a los deseos insensatos y a los actos criminales de Don la Huerta: "EL BURRO SALTA EN BÚSCA DE GUERNOS Y PERDIO LAS OREJAS."~~

~~RAFAEL SUBARAN CAPMAPI~~

~~----~~

~~Rafael Subaran Capmapi, un astuto abogado de Campeche, que fué proclamado temporalmente Jefe de la Revuelta con el implícito derecho a la Presidencia Provisional de la República si se realizaban los sueños de los principales caudillos, es una de las más interesantes y numerosas figuras en la galería de los rebeldes. Está dotado de un grado de magnetismo personal apenas inferior al del famoso ruso Rasputin, magnetismo que es de tal intensidad que es casi imposible resistir a su influencia. Su carácter alegre, su atractiva sonrisa, su dulce voz argentina, sus ojos soñadores y sus amables maneras lo hacen un favorito general. Y ná ara un secreto que esta ligera capa de amabilidad y sentimentalismo ocultaba en forma agradable un espíritu frío, prudente y calculador, y pocas veces permite a los principios abstractos, de cualquier naturaleza que fueren, poner en peligro el éxito de sus propios intereses. Y en su caso, a través de todas sus arriesgadas empresas se adivina el uná suya faces. Como abogado, Subaran es astuto, insinuante, ambicioso; en tanto que como compañero, amigo o conocido, es de una fascinación irresistible. Todo el mundo sucumbe a su atractivo. Ese guerrero avasado, el Presidente Obregón, que no puede considerarse como ro-~~

19

mántico, no fué una excepción, y aún después de haber reconocido a Zubaran como peligroso enemigo político, continuó tratándolo como un amigo íntimo y llenándolo de favores.

En política, el abogado de Campeche había sido un partidario de Carranza y fué más bien a consecuencia de dificultades personales con éste que a razones más elevadas, que se pasó del lado de Obregón.

El General Obregón, al llegar a la Presidencia de la República, confió a este simpático compañero el puesto de Secretario de Industria, Comercio y Trabajo y le dispensó su confianza absoluta. El hermano del nuevo Ministro, diputado opositorista, encabezaba en la Cámara un grupo que obstruccionaba al Gabinete de Obregón, atacándolo sistemáticamente, empleando toda suerte de armas y presentándose como "CAPOS" incorruptible. Entretanto la opinión pública lanzaba contra ellos y en particular contra aquel Diputado, cargos comprometedores. Un día se leyó en el Congreso una carta firmada por este Diputado, la cual aclaró el asunto. Era una demanda por varios miles de pesos que él pidió a un especulador a cambio de los cuales se comprometía a inducir a su hermano a que aprobara cierto negocio dudoso. El Diputado, después del escándalo, siguió en su curul; pero el Ministro se vió obligado a renunciar. Todavía el Presidente Obregón, que es un amigo leal y sincero, admitió a Zubaran en su intimidad como antes.

Un hermoso día, radiante de sol, unas cuantas semanas antes de estallar la rebelión, visitaba yo al Presidente en su residencia provisional en el Estado de Jalisco, a la orilla del Lago de Chapala. Rafael Zubaran, que también era su huésped, pasaba con él durante largas horas en el jardín, discutiendo serios problemas de legislación petrolera, y contemplaba yo con inusitado interés las figuras de los dos amigos, pues tenía yo algo más que un presentimiento del terrible rompimiento que se avecinaba. Como tres semanas después, Zubaran, encontran-

20

de una noche, en elegante restaurant, a uno de los Secretarios del Presidente, le predijo con alegría la próxima caída de Obregón y agrego; "Carranza, en su huída de la Capital, llegó hasta Tlaxcalantongo antes de que el destino y la muerte se apoderaran de él, pero Obregón no llegará ni a la Villa de Guadalupe: él y su Gabinete están perdidos"

GENERAL GUADALUPE SANCHEZ

Este Jefe Militar, como muchos de los generales rebeldes, representa una personalidad algo distinta de aquella que es familiar a la psicología contemporánea, siendo sus rasgos principales la incertidumbre, la contradicción personal y la independencia de yugos convencionales. Estalla repentinamente en extravagancias y antojos que le dejan a uno sin aliento, pues no son precedidas por síntomas preliminares, ni seguidas por cambios permanentes en su vida externa, ni tampoco explicables por motivos racionales.

Guadalupe Sánchez, que tenía fama de ser notable oficial de caballería, no era más que esto. En estrategia ha demostrado no ser ni una medianía, en tanto que su alcances educativos son notoriamente los de un indio de mediana cultura. Según Saadí, no hay nada tan útil para un ignorante como el silencio, y el Gral. Sánchez tenía razón al practicar la observación del poeta persa, pues su estado taciturno es una de sus características y hasta ahora su cualidad más grande. Si se le hubiera juzgado por sus actos en vez de serlo por su economía de palabras, no hubiera sido hecho Jefe de las Operaciones Militares en el Estado de Veracruz por el Presidente Obregón. Porque Sánchez había traicionado vilmente al Presidente Carranza mientras rompía su silencio habitual para aseguararle fidelidad absoluta. La traición puede ser benéfica ayuda para un ejército o para una causa, pero los traidores nunca lo son. "Qui a bu, boira" dice el proverbio francés. Porque algunos meses antes de la

21

revelión, Sánchez elaboraba los preparativos del levantamiento y al ser acusado públicamente de esta traición en perspectiva, ante su Jefe, la negó solemnemente protestándole su adhesión, con tanto énfasis y perfidia como lo había hecho con el Presidente Carranza.

GENERAL ENRIQUE ESTRADA

Desde el punto de vista militar, Estrada es un hombre que se elevó por sus propios esfuerzos. Nunca se graduó en ninguna academia militar, y debe gran parte de su prestigio a su uniforme y a su grado; desde el punto de vista ético y psicológico, puede ser descrito como uno de esos hombres primitivos cuyos procesos mentales son difíciles de seguir, y cuya sensibilidad ante cualquier linaje de motivos, es caprichosa e incierta. De aquí que nunca pueda preverse cómo se conducirán estos hombres ante un conjunto dado de circunstancias. Enrique Estrada fué primero Secretario de Guerra y al renovérsese de ese puesto, estuvo a punto de hacerse cargo de la Secretaría de Agricultura y Fomento, cuando intespestivamente anunció que combatiría el sistema agrarista, que se había seguido hasta entonces en la repartición de tierras. Al saber esto, el Gral. Obregón anuló el nombramiento, continuando sin embargo en muy buenas relaciones amistosas con su ex-Ministro.

Aunque de recursos considerables, el Gral. Estrada ambicionaba aumentarlos, y solicitó varias concesiones lucrativas, celebrando algunas entrevistas con De la Huerta para tal objeto. Recientemente iba a casarse y al hacer sus preparativos de boda pidió a De la Huerta 20 mil pesos, no puedo decir si en calidad de préstamo o como un obsequio.

A su regreso de una visita a la Huasteca, Obregón supo que el dinero no había sido entregado a Estrada, y escribió a éste una carta, rogándole dispensara la distracción de De la Huerta, y prometiendo corregirla; de acuerdo con dicha promesa, la suma mencionada fué

remitida al general.

Las visitas de Estrada a El Fuerte, en donde Obregón se hallaba convalesciente, eran muy frecuentes. Por lo menos dos veces a la semana se' resentaba ante el Gral. Obregón, ocupando el mejor cuarto y la cabecera de la mesa durante las comidas. Viajaba en carro especial. Sus protestas de lealtad durante aquellas pláticas íntimas con el Presidente, eran impresionantes, enfáticas y parecían sinceras. Estaba yo de huésped en El Fuerte durante la última de dichas visitas, y presencié entonces la cordial bienvenida que se le daba -ambos éramos tratados como miembros de la familia- oí algunas de sus palabras empalagosas, y me quedaba pensando en su sinceridad. A mi regreso a la capital Estrada y yo viajábamos juntos en su carro especial. Y cuando algunas semanas más tarde los periódicos anunciaban que se hallaba al frente de la rebelión, apenas si pude dar crédito a lo que leí. La vida entre hombres de esa calaña, que son siempre suficientemente niños para cometer desmanes en contra de la Nación, y nunca suficientemente juiciosos para arrepentirse, es interesante, estimulante y precaria, pero hace imposible el que nos formemos una opinión fija de los hombres. He allí al Jefe de la República que, convalesciente en el Estado de Jalisco, obsequiaba a un militar, amigo íntimo suyo, que defendía vigorosa y calurosamente la reputación de ese amigo, y que estaba expuesto a ser asaltado, secuestrado o muerto por las tropas que había confiado a ese pérfido "amigo". Una experiencia curiosa que no es muy de desearse.

La carta abierta del Presidente Obregón a este "caballero", es un modelo de moderación y expresa claramente la gran distancia que separa a los dos tipos. Encarna una reconvención que, aún dirigida a cualquier individuo sin conciencia, lo hubiera reducido a cenizas, pero que era demasiado refinada y digna para impresionar a Estrada. Habiendo descrito el Sr. Presidente los trabajos que pasó este gene-

ral para poner a cubierto de toda sospecha su amistad privada y su lealtad política, continúa diciendo: "Cuando un periodista independiente publicó la noticia de que se preparaba en el Estado de Jalisco una conspiración militar, y señaló como desafectas a ciertas tropas a su mando, desmentí indignado, la veracidad de lo que entonces consideraba como una calumnia."

LA REBELION IMPIDE UNA BODA

La novia de Estrada es una encantadora joven de Guadalajara, parienta del Gral. Obregón, miembro de la aristocracia mexicana e hija de un hombre que fué asesinado por Pancho Villa, y Estrada es, un p^o beyo que ha sobresalido de entre los de su clase. Es un noviazgo esencialmente desinteresado, y por consecuencia, visto desfavorablemente por la familia de la joven. Como es natural, el Presidente Obregón estaba invitado a la ceremonia, que iba a celebrarse el día 20 de diciembre ppdo. Habiendo recibido oportunamente los 20 mil pesos y la promesa de Obregón de apadrinar el acto, Estrada se machó, enarboló, la bandera de la traición y quedó desligado del Presidente y del Gobierno.

Este final -momentáneo- de la aventura de Estrada, llega a nosotros con un toque de romanticismo. Cuando se acabó la buena suerte de los rebeldes, y Guadalajara estaba a punto de ser tomada por las tropas de Obregón, se esparció por la ciudad un torrente de mentiras acerca de los horrores que la esperaban, llenando de terror el corazón del pueblo. La novia de Estrada, en unión de otras diez señoritas, temblando de miedo, que era infundado, buscaron asilo en el Vice-Consulado Británico, donde fueron debidamente alojadas y tranquilizadas. Cuando Obregón llegó a dicha ciudad se acercaron a su tren dos personas, y sin más preámbulos le dirigieron la palabra, estando él en la plataforma. Una era la madre de la muchacha y la otra su amiga, sobrina política del señor presidente. Le preguntaron si po-

24

dían hablar con él, y fueron conducidas al salón del carro presidencial. La madre de la novia dijo: "Toda la gente de ésta, es presa de una excitación nerviosa debida a las represalias que se esperan, y yo sotras, ciudadanas indefensas, hemos venido para pedir a Ud. que garantice nuestras vidas". El Presidente contestó: "Mis tropas han tomado Guadalajara más de una vez, así como otras ciudades, y jamás Uds. o persona alguna habrán sabido que tomaran represalias. Más aún, nosotros no combatimos nunca con mujeres. Por lo tanto, no necesitan Uds. garantías. Lo que necesitan, que es mi compasión, la tienen, profunda, sincera y espontánea". La señora se estremeció y dijo: "¿Compasión? ¿Porqué?". - "Por el conflicto tremendo que debe tener lugar en vuestra mente en estos momentos. El esposo de Ud. fué asesinado hace algunos años por los rebeldes villistas. Su hija está ahora a punto de casarse con un villista, de manera que Ud. y ella se convierten en amigas y aliadas de los asesinos de su esposo. Y el castigo de éstos, debería ser la muerte de su futuro yerno". La señora inclinó silenciosamente la cabeza, y pareció darse cuenta de su situación. Ella y su amiga se levantaron y salieron y la hija fué sacada del Vice-Consulado y conducida a su casa.

GENERAL ALVARADO

De acuerdo con la opinión pública, no existe en toda la República Mexicana un hombre que se ocupe más de sí mismo que Salvador Alvarado, ni ninguno a quien el conocimiento de su propia persona, si lo cultivase, hubiera producido un enajenamiento vanidoso más completo. Su carrera, que pudo ser un poco más útil, fué echada a perder por su peor enemigo: él mismo. Ocupó varios puestos de responsabilidad en la República, que le proporcionaron magníficas oportunidades y tentaciones tremendas. No supo ver las primeras, y sucumbió a las segundas, se creó numerosos enemigos y dejó tras de sí una mala reputación. En Yucatán, donde gobernó varios años como dictador absoluto, arruinó la industria y el comercio, atacó la re-

25

ligión y la moral, hizo germinar la guerra civil, apoyó la corrupción y extendió una miseria cuyos efectos resienten aún el pueblo. Su nombre quedará escrito para siempre en la historia de Yucatán. Sin embargo, el año pasado visitó la península en la absurda creencia de que recibiría una serie de ovaciones. El finado gobernador -mi amigo Felipe Carrillo- me aseguró que le fué difícil impedir que el pueblo asaltara y linchara a Alvarado.

Entre los pocos amigos de Alvarado, de la Huerta ocupa el primer lugar. Con Obregón nunca guardó relaciones amistosas, y su enemistad data de los primeros días de la revolución que estalló a la muerte de Madero, cuando los revolucionarios de corazón iniciaban su campaña en el Estado de Sonora. No había término medio en esa enemistad. Un día, en el campamento, un oficial, bje la influencia del alcohol, acompañado de varios soldados, se presentó al Gral. Obregón portándose con verdadera insolencia. Obregón se dirigió a él severamente y le preguntó qué se le ofrecía. Amedrentado, disminuída parcialmente la embriaguez, tartamudeó que había ido con el objeto de asesinarlo. "¿Quién te envió?" El oficial permaneció callado. "Aunque hayas venido a asesinarme, estás a mis órdenes y debes obedecerme; contéstame: ¿quién te sobornó para asesinarme?" Después de una pausa respondió: "Mi jefe, Salvador Alvarado". Entonces Obregón reunió a varios oficiales, inclusive Alvarado, y en presencia de ellos, el presunto asesino repitió su confesión, que fué oída por todos en medio de un penoso silencio. Si se hubiera ido más adelante, y se hubiera

tratado de sacar consecuencias prácticas de la confesión, se hubiera comprometido seriamente el éxito de la causa, por lo cual Obregón lo dejó pasar desapercibido.

En otra ocasión, y en el mismo Estado, Alvarado firmó con el enemigo un armisticio desfavorable, desconocido de su Jefe, quien de haberse enterado de él, no lo hubiera autorizado. Con tal armisticio dió oportunidad al jefe del ejército enemigo para reforzar sus tropas, reponer sus municiones y obtener alimentos. La impopularidad perseguía a Alvarado por doquiera que iba. No era querido por sus soldados, y mucho menos por sus oficiales, con los cuales no trababa amistad nunca. Invariablemente tomaba sus alimentos él solo, y si había algún bocado especial, lo monopolizaba para sí. Y no era sino hasta que terminaba de comer cuando ordenaba que tomaran su alimento sus subalternos.....Durante la presente revolución, Alvarado se portó con sus compañeros de armas de una manera tan detestable como la que usó para con ellos diez años antes, y le cupo en suerte el ser arrestado por uno de sus subordinados, el Gral. Crispiniano Anzaldo, quien, aplicándole el principio de insubordinación, lo aprehendió, lo puso a bordo de una pequeña lancha de vapor y lo envió al mar para que reflexionara que la traición es una espada de dos filos. Alvarado y sus compañeros llegaron al puerto de ~~Scapuzco~~, en el Estado de Guerrero, de donde fueron desterrados por sus mismos partidarios. Pudo más el odio personal que el confederado político, y las tropas al mando del Gral. Figueroa expulsaron a Alvarado y a su gente del territorio mexicano. (Excelsior, 9 de marzo de 1924) De los levantados en armas, Alvarado era uno de los más peligrosos, más que por lo que había hecho, por lo que hubiera podido hacer si el destino no hubiera intervenido oportunamente. Se dice que uno de sus planes era el de destruir el magnífico puente que pasa sobre el río Coatzacoalcos, el más largo y el

27

mejor de México, y tal vez de la América Latina. Si hubiera hecho tal cosa, es indudable que el tráfico ferrocarrilero no hubiera podido reanudarse antes de un año. Se encaminaba al lugar, cuando se amotinaron oportunamente sus oficiales y gente, impidiéndole que llevara a cabo su hazaña. Fúé uno de esos sucesos providenciales que durante la revolución favorecieron al General Obregón, cuya buena estrella está siempre con él.

GENERAL FORTUNATO MAYCOTTE

Este Jefe pertenece al grupo de esos hombres primitivos que, constituyendo por sí mismos una ley, no pueden ser juzgados por los cánones de la psicología, que surte sus efectos solamente entre los pueblos cultos. Responden estos hombres a impulsos repentinos más bien que a motivos comprensibles. Conozco tan poco a este caballero, que no me creo con derecho de poder formarme una opinión imparcial de él. Pero las circunstancias que precedieron a su defección, por cuya autenticidad respondo, son bastante características para que cualquier extraño pueda clasificar al individuo.

Maycotte, lo mismo que Estrada, era un amigo de confianza del Presidente. ¡Amigo de confianza! El Gral. Obregón había estado recibiendo impresiones nuevas y asombrosas producidas por los caprichos de la naturaleza humana, durante este período de complot, conspiraciones, crímenes con visos legales, como el de Felipe Carrillo, asesinatos y voladuras de trenes. Tan firmemente creyó el Sr. Presidente en Maycotte, que lo escogió como uno de los ejecutores inmediatos de su plan de campaña contra los rebeldes. Cuando De la Huerta y Guadalupe Sánchez se desemascararon, la indignación de Maycotte no tuvo límites. Lanzó duros anatemas contra los traidores, sus ojos brillaban con relámpagos de fuego, y gesticulaba y pedía que se usaran contra ellos medidas enérgicas. ¿Cómo podía dudar el

Presidente de un hombre así? La última vez que lo ví fué el domingo 9 de diciembre; la revolución se abría camino rápidamente, el Gobierno no había hecho nada todavía digno de mención para sofocarla. Esperaba, para determinar la extensión del movimiento, y cuál era suelo firme y cuál arena movediza, políticamente hablando; además de lo cual, Obregón maduraba su plan, como lo hace siempre antes de dar un golpe. Durante ese día no se separaron el Presidente y Maycotte, y me complacía verlos discutiendo, porque ello presagiaba una acción rápida. Y lo que sucedió, como supe después, fué que Obregón comunicaba sus planes, con todo detalle, a los Generales Maycotte, Manzo, Serrano y Gómez, habiendo confiado la ejecución de importantes operaciones a los dos citados primeramente, quienes debían de iniciar desde luego las operaciones, y continuarlas hasta que el Presidente designara un Jefe de ambos.

Al día siguiente, a las once de la mañana, el Gral. Obregón salió para el frente. Maycotte y otros fueron a la estación a despedirlo. El último abrazo del Presidente y de Maycotte fué afectuoso..... Apenas había salido el tren presidencial, cuando Maycotte se dirigió a la Secretaría de Guerra, pidió un millón de cartuchos, gran cantidad de rifles y cañones, invitó a un gran número de generales del depósito, coroneles y otros oficiales para acompañarlo, y pidió una suma formidable de dinero. Trabajó durante todo aquel lunes, y aunque la rapidez no es una de las cualidades principales de los burócratas mexicanos, todas sus órdenes habían sido cumplidas el martes por la mañana. Maycotte salió con su equipo, tropas y trenes, pasó velozmente por la ciudad de Puebla, sin detenerse, y siguió como huracán a través del país hasta llegar a la ciudad de Oaxaca, y el viernes proclamó la rebelión, contra el Presidente cuyo régimen impío debía ser derrocado en interés del honor, la justicia y la verdad.

Desde el punto de vista militar, la traición de Maycotte fué el golpe más terrible de todos; frustró completamente el plan de campaña de Obregón, una de cuyas partes consistía en evacuar la ciudad de Puebla, dejar que los rebeldes entraran en ella para coparlos. Así las cosas, Maycotte se apoderó de Puebla, estorbó el proyecto de Obregón y creó una situación que, en honor de la verdad, debe reconocerse como crítica y que se prolongó hasta que Puebla fué recuperada por las fuerzas federales.

HIGINIO AGUILAR

Este viejo guerrero, parece un cuerpo resucitado antes de que sus venas apergaminadas fueran inyectadas de nuevo con sangre caliente, o su corazón con sentimientos humanos. Su cara alargada, arrugada como una manzana vieja, parece de momia, y paracecer juego, adornada de barbas; pero sus ojos brillan todavía, su cuerpo está resistente, y sus movimientos son rápidos aunque espasmódicos. A pesar de sus 84 años, este individuo, representante de una generación relegada al olvido, es, por cortesía, un héroe; porque todavía puede montar a caballo un día entero sin fatigarse, y está dispuesto a soportarlo todo con gusto con tal de dedicarse a la tarea de destruir la vida humana y las propiedades, cubierto por la bandera de la revolución. Esta constituye su pasión, su vocación. Hace alarde de haber tomado parte activa en todas las revoluciones que han tenido lugar durante los últimos sesenta años, sin haberse preocupado de sus objetivos. Tuve con él algunas conversaciones interesantes desde el año de 1920. La última vez que lo ví fué hace seis meses, en un tren entre Salina Cruz y Puerto México, y parecía estar disgustado por una paz tan prolongada. Es Aguilar, por naturaleza, un espadachín profesional. Desconoce por completo, y no le importa, lo bueno o lo malo de una causa. Su único anhelo es el de derrocar a algún Gobierno sea quien sea el Presidente. Siempre anda buscando un pleito, como dicen

en Irlanda. Una vez desplegado el estandarte de la rebelión, este pecador empedernido se dedica a dinamitar trenes, destruir vidas humanas y propiedades, para saciar una ferocidad verdaderamente bestial. Es sorprendente que un individuo como él tenga un lugar en la sociedad. Se rumora que Aguilar se ha rebelado por última vez en este Valle de lágrimas, y que su cuerpo ha sido hallado en uno de los campos de batalla. De ser cierto, la humanidad y México se han librado de un peligroso enemigo. Pero si aún se encuentra sobre la tierra, seguramente se valdrá de una amnistía para rebelarse nuevamente.

GENERAL ROMULO FIGUEROA

El Gral. Rómulo Figueroa, es otro de esos formidables supervivientes de los días en que las traiciones y las perfidias eran aceptadas en algunos círculos como parte integrante de la organización militar. Se había rebelado de su "metu propio" en el Estado de Guerrero, antes de que estallara la revolución encabezada por De la Huerta. Pero después de haber cometido muchos excesos y viéndose comprometido por la persecución que le hacían las tropas federales, solicitó su rendición incondicional. Esta "rendición incondicional" es un curioso trato mexicano. Generalmente permite a los militares que han faltado a sus juramentos de lealtad, que han robado los dineros públicos por medio de préstamos forzosos, destruido e incendiado la propiedad pública y habrían dado muerte a muchos de sus conciudadanos por el solo hecho de cumplir con sus obligaciones, a regresar a sus hogares, aumentar los productos de sus latrocinios y a continuar recibiendo su sueldo como oficiales del Ejército y a disfrutar con tranquilidad de sus mal habidas ganancias.

Figueroa gozó de todos esos privilegios, y a cambio de ellas se comprometió solemnemente a licenciar sus tropas y a respetar la ley. Pidió como un favor, sin embargo, el poder hacer uso de un

cierto número de trenes con el objeto de poder regresar a la capital y para poder enviar sus soldados a sus hogares. El General Obregón, confiando en su palabra, le facilitó los trenes, pero justamente entonces recibió Figueroa las noticias del levantamiento de De la Huerta, y, sucumbiendo a la tentación, se unió a los rebeldes, empleó todo el material rodante que había recibido del Presidente en combatir a las tropas federales, asaltó trenes de pasajeros, y destruyó hasta el cansancio la propiedad nacional. Pero, derrotado una vez más, y no teniendo esperanzas de un éxito final, envió recientemente una carta característica al general que operaba en su contra. (Véase Universal Gráfico de marzo 11 de 1924). Asentaba en dicha carta, con descarado cinismo que, como lo había anunciado cuando se levantó en armas contra el Gobierno, era su objeto el lograr el mejoramiento del país y de su estado natal, Guerrero, que se encontraba ya en condiciones excelentes, y que deseaba terminar la guerra de una manera decorosa, para cuyo objeto pedía al Presidente le enviara representantes con quienes discutir las condiciones de sumisión. La contestación del Presidente es igualmente característica:

"Puede Ud. decir a Figueroa" -escribe- "que, como en vista de sus antecedentes es incapaz de respetar su palabra de honor, no me es posible dar crédito a sus promesas, porque las mismas pueden significar un nuevo acto de deslealtad que detenga el progreso de las operaciones militares!..... En ocasión posterior, el mismo Figueroa, sin el menor escrúpulo, volvió a faltar a la palabra que había empeñado, prometiendo someterse y pidiendo trenes para trasladarse a la capital, trenes que usó después para llevar a cabo su felonía.

Estos eran los principales líderes de la revolución. Algunos de ellos representan una humanidad completamente ajena a la que nosotros conocemos; la volubilidad, la carencia de escrúpulos, y la auto-con-

tradición, constituyen su idiosincrasia. En el curioso intercambio entre el motivo y la acción, del cual ofrecen los rebeldes ejemplos tan palpables, los que llamamos contornos fijos del carácter humano, se oscurecen y desvanecen ante nuestros ojos, y nos ponen frente al misterio psicológico.

Al mismo tiempo no puede negarse que aquí y allí encontramos algo de heroico en el levantamiento salvaje sin motivo, en el sacrificio de amigos, del honor, de la vida misma, por un mero capricho. Algunos de estos hombres, al ser capturados y - sentenciados sumariamente, fueron a la muerte - como de hecho habían combatido, como héroes.

También había otros, los de torpe comprensión, quienes, al escuchar que el Presidente Obregón estaba decidido a imponer su candidato al pueblo, creyeron implícitamente lo que oían, y los carentes de voluntad, quien sin temor o preguntas seguían a sus líderes. Pero el cargo de que Obregón estaba - resuelto a toda costa en hacer Presidente a Calles, no se tomó en serio por la gente de mediana inteligencia. No puede - dudarse que la condenación pública del Presidente para su ex- secretario de Hacienda, fué un golpe tremendo para el presti- gio del candidato civil; pero la circunstancia de que era un candidato no constituía un motivo adecuado para ocultar a la nación que uno de sus principales servidores había faltado a su confianza. Lo que el Presidente sí ha ocultado, constituye uno de los cragos mas perjudiciales de todos los que se enume- ran en un telegrama recibido del Sr. Thomas Lamont. Mientras que de la Huerta era candidato, nunca se tuvo conocimiento de este documento, que no obstante la rebelión, no ha sido publi- cado todavía. Obregón estaba resuelto a que cada candidato - gozara de los mismos derechos que su contrario, y los únicos a- tentados y violencias parecen haber procedido de los partida- rios de De la Huerta. El Presidente estaba tan firmemente re- suelto a no dar ventajas a ninguno de los partidos, que casti- gó a un oficial por hacer propaganda en favor de Calles, y po- sitivamente se negó a creer que se estaba planeando una revolu-

ción en contra de su Gobierno, de parte de De la Huerta o de sus amigos.

SINTOMAS PREMONITORIOS DESATENDIDOS.

Y sin embargo, no faltaban síntomas premonitorios de una efervescencia entre políticos y ciertos elementos del ejército. Mucho mexicanos, conocidos como desafectos al Gobierno, que habían vivido por años en voluntario destierro, estaban regresando muy optimistas. Por fin llega nuestro turno, decían. El candidato a la Presidencia, apoyado por cierta Compañía petrolera, también regresaba, listo, según se rumoraba, para ponerse al frente de un poderoso grupo de tropas en contra de las fuerzas federales.

Ciertos estados europeos, que podían y debían haber estado mejor informados, recibieron háiso de sus representantes sobre que el Gobierno de Obregón estaba tambaleante. Las declaraciones del señor Ramsey MacDonald acerca del asunto, son por demás instructivas. Los preparativos del Gral. Guadalupe Sánchez para la revolución, no podían hacerse ni con reserva ni desmentirse de una manera convincente. Sus patentes preparativos fueron desatendidos y sus falsas promesas aceptadas como verídicas.

Cierto día un General bien conocido, tocando el asunto, me dijo que algo como una guerra civil se estaba preparando; que las elecciones habían traído consigo la locura, y que la violencia sobrevendría rápidamente. Los amigos de De la Huerta, agregó, no estaban inclinados a confiar su suerte a elecciones pacíficas. Apelarían a las armas. "En ese caso, repusa, el Gobierno no sofocará a cualquier facción que comience el combate." "Pero así no será la manera como principie", me manifestó. "Los iniciadores atacarán al Gobierno". "Pero ¿por qué al Gobierno? que

no toma parte en las elecciones?" "Ellos asentarán que sí lo ha
 ce, y se negarán a obedecerlo o reconocerlo". "Entonces los ami
 gos de De la Huerta son futuros rebeldes?" "Lo son". "¿Es posi
 ble que también estén apoyados por Generales?" "Sí, por muchos".
 "¿Por Sánchez?" "Sí. También por García Vigil en Caxaca, Alvara
 do, Diéguez y otros". "Sin duda que García Vigil es un amigo de
 masiado bueno de Obregón, para tratarlo de manera tan vil", re
 pliqué. "De ninguna manera. Usted espere y verá".

Uno o dos días después me visitó un íntimo amigo de De la
 Huerta y me dijo: "Usted es un amigo del señor Presidente. Yo
 también lo soy. Pero ahora no puedo, por razones que usted cono
 ce, comunicarme con él. Usted sí lo puede hacer. Y lo suplico
 lo haga, tanto por él como por el país. Está confrontado con un
 peligro formidable, tal vez inevitable, del cual parece no ha
 berse dado cuenta. Estoy seguro de que ha percibido su importan
 cia y es sumamente interesante que se llame su atención inmedia
 tamente acerca de dicho peligro." "Pero por qué ha de estar en
 peligro?" pregunté. "Usted sabe cómo se condujo con De la Huer
 ta", replicó. "Virtualmente lo expuso a la execración pública
 por su administración en Hacienda. Esta censura hablará contra
 De la Huerta en las elecciones, y en favor de su oponente. En
 consecuencia, Obregón no es imparcial". "En el único sentido im
 portante de la palabra, lo es", repliqué. "Esto es, verá que ca
 da candidato goce por completo de sus derechos legales. Ningún
 Gobierno está obligado a hacer más. Indudablemente tiene su pre
 dilección

personal, pero siendo humano, ésto es inevitable. Un juez inglés puede estar firmemente convencido de que un prisionero llevado a su presencia, es un bandido y es culpable, pero si la evidencia que existe contra él no es adecuada, pedirá al jurado que lo absuelva." "Bueno, no discutiremos el punto. Mis miras son prácticas. El país está a favor de De la Huerta, casi todos los Estados". "Aunque a mí no me importa quien gane, no puedo aceptar eso", contesté. "Estuve presente en Yucatán -- cuando este Estado, así como los de Tabasco, y Chiapas, se declararon a favor de Calles."

Este diálogo continuó por largo rato, durante el cual mi amigo que indudablemente tenía interés en cuidar la vida del Presidente, trato de convencerme de que debía aceptar la comisión de discutir con el Presidente Obregón y tratar de persuadirlo de que modificara su actitud. Finalmente dije: "Soy extranjero y he tenido por regla de no mezolarme nunca en la política interna de país alguno".

No obstante, en una forma reservada, hice del conocimiento del General Obregón esta conversación. Este fué su comentario: "Sé que existen algunos espíritus ambiciosos que con gusto se levantarían en armas en contra de mi Gobierno bajo cualquier pretexto. Pero estoy decidido a no dárselos. Después de las elecciones habrá algunas erupciones de violencia aquí y allí, pero solamente entre los partidos rivales y serán por lo tanto locales y pasajeras".

He escuchado contestaciones semejantes a ésta de boca de algunos Jefes de Gobierno en vísperas de revolución, - por ejemplo, de boca del Primer Ministro Portugués, Texeiro de Souza, unos cuantos días antes de la caída de la monarquía;

37

de boca de un gran Visir Turco, y de boca del mismo Presidente Carranza antes de ser depuesto y muerto. Todos ellos estaban bajo la influencia de las decepciones. Pero tuve fé en las palabras de Obregón. Sentí que era dueño de la situación. Y sabía que estaba a punto de ser traicionado por los Grales. Guadalupe Sánchez, García Vigil y algunos otros.

¿QUIEN SIMPATIZO CON LOS REBELDES?

Un fenómeno curioso fué el apoyo moral que de la Huerta recibió de parte de las colonias extranjeras en México, tanto como candidato a la Presidencia como considerado como rebelde, así como de las grandes negociaciones. Durante algún tiempo, estuvo en apoteosis. La explicación es obvia. Creyeron tener buenos auspicios para considerarlo como campeón de los conservadores o reaccionarios. Estaban cansados de huérgas y desórdenes agrarios y de otros estorbos puestos al comercio, y esperaban que sus amigos, como buenos reaccionarios, pusieran fin a esto. Y estos líderes pudieron haberlo hecho si hubieran ganado. No había duda acerca de sus intenciones. Los tres jefes militares, Grales. Estrada, Sánchez y Maycotte, tan luego como se levantaron en armas, expidieron un manifiesto a la Nación exponiendo la necesidad de una dictadura militar y la suspensión del Gobierno Constitucional por cuatro años! Era éste un programa reaccionario que contenía una venganza.

Entre los simpatizadores y los que ayudaron a la rebelión, el Presidente Obregón incluye a muchos de los empleados de la Cia. "El Aguila" en distintas partes de la República, y afirma estar en posesión de pruebas irrefutables acerca de sus actividades. Dijo a los representantes de la prensa que había estado recibiendo desde hacía mucho tiempo, informes relativos a que "El Aguila" había dado un apoyo franco a los rebeldes, facilitándoles vapores, dinero y en ge-

neral otorgándoles toda clase de ayuda. Esta actitud, agregó, contrastaba grandemente con los obstáculos que pusieron a todas las personas que prestaban sus servicios al Gobierno Constitucional. Ni por un momento creyó que el Gobierno Inglés estuviera mezclado en esos hechos, pero estaba firmemente convencido de que "altos" intereses, opuestos a la estabilidad del Gobierno, si lo estaban."

Todo ese elemento social que ayudaba a los De la Huertistas, tomaron como un hecho la caída del régimen de Obregón. No existía duda, era una conclusión prevista. Todas las revoluciones, se decía, habían tenido éxito hasta la fecha. Esta había sido preparada con mas cuidado que las otras, por lo tanto, no podía fracasar. En la ciudad de Guadalajara nadie se atrevía a dudar de dicha conclusión. En la Capital de la República hasta las familias de algunos de los oficiales de Obregón lo propagaban. Algunos banqueros me dijeron que los días del Gobierno estaban contados y se sonrían maliciosamente cuando les repliqué que la revolución sería sofocada dentro de cinco o seis semanas y que yo suspendía mi viaje a Europa hasta entonces. Vi a Cónsules menear sus cabezas y los oí predecir la entrada solenne de De la Huerta a la capital dentro de pocos días. Era como el anuncio de un nuevo evangelio político, en los labios de esta gente sabia.

Solamente cuando se había perdido toda esperanza y el fracazo de los rebeldes era seguro, recobraron su sentido de la verdad. Entonces las Cámaras de Comercio intervinieron a favor de la paz. Solicitaron del Presidente autorización para obtener un armisticio y para negociar los términos de un arreglo con los rebeldes! El Presidente declinó la oferta basándose en que no sería digno para el Gobierno entrar en pláticas con traidores militares que habían uso de la violencia y del derramamiento de sangre para obtener sus intereses personales. Oportunamente les preguntó por qué, estando

tan deseosos de paz, no había hecho nada para conservarla cuando la revolución fué anunciada por primera vez y la caída del Gobierno Constituido fué predicha de manera tan pomposa. Porqué no habían protestado contra los infames asesinatos perpetrados por los rebeldes como el de Felipe Carrillo y de sus tres hermanos en el Edo. de Yucatán.

No obstante esta dura contestación la Cámara insistió y el Presidente le contestó: "Las bases a que Ud. se refiere, son todas contrarias al decoro de la Administración Pública porque colocan al Gobierno al nivel de los grupos de soldados descontentos y desleales, con quienes Uds. sugieren que el Gobierno Mexicano entre en arreglos por mediación de la Convención".

"Las indicaciones de ustedes relativas a un armisticio son inoportunas, porqué serían equivalentes en dar tiempo a los rebeldes para reorganizarse y de causar mas daños en las zonas en que operan".

"Siento mucho el que Uds. dejen a la historia el juzgar si las responsabilidades de esta sangrienta lucha, pertenecen al Gobierno o a esos Oficiales desleales y ambiciosos que se rebelaron en contra del Gobierno Constituido que cometió el error de jugarlos como militares pandonerosos".

Y contestando a un telegrama de la Liga Nacional de Paz escribió: "El Ejecutivo de mi cargo ha considerado ofensivo el mensaje que me dirigió la Convención de las Cámaras de Comercio de Monterrey porque sugiere la suspensión de la campaña en contra de los rebeldes en armas y que la Convención sea autorizada para tratar con ellos, con el objeto de ver si existe alguna posibilidad de entrar en arreglos con el Gobierno, colocando de esa manera a éste sobre la misma base de los rebeldes, que no son más que partidas de bandidas. Hubiera sido curioso saber en caso de que el Gobierno hubiera aceptado esas indicaciones, cómo la Convención de las Cámaras de Comercio hubier

ra tratado con el Gral. Hipólito Villa y socios. Cuántas haciendas hubiera sido necesario ofrecerles, como fué el caso durante el interinato de Don Adolfo de la Huerta, cuando sus condiciones para entablar negociaciones, fueron nada más trescientos mil acres."

UN INCIDENTE TRAGICO

La rebelión abundó en episodios curiosos, fantásticos y románticos. Uno que dejó honda impresión en el suscrito fué uno que tuvo lugar, por un lado, con una pareja anormal, a quien mi esposa, la señorita mi secretaria y yo conocimos bajo circunstancias extraordinarias, y la otra, con el Gral. Enrique Estrada.

En el mes de enero del año pasado estábamos viajando por distintas partes de la República, y durante nuestra estancia en la simpática ciudad de Guadalajara visitamos la prisión. El Alcaide de dicho establecimiento llamó a un joven inteligente, bien vestido, y de buenas maneras a quien nos presentó formalmente. Presumimos que se trataba de un empleado de la prisión, y nuestra suposición fué aparentemente confirmada cuando el Alcaide le dijo: "Le agradeceré, señor doctor, si tuviera la bondad de unirse a nosotros y de acompañar a estas damas y a este caballero a visitar la prisión. Nadie puede satisfacer la curiosidad de ellos más ampliamente que Ud." "Con mucho gusto" fué la inmediata respuesta. "A propósito, que no pudiera venir también su esposa y ayudarle" Las damas tendrían seguramente mucho gusto en conocerla y hablarla". "Si Ud. lo ordena, le causará mucho placer", replicó el doctor. Momentos después una joven de unos veinte años, vestida con elegancia sencilla, venía cruzando el patio. Su cara sonriente, cada uno de sus movimientos llenos de gracia. A su figura, casi perfecta, y a su cara, casi bella, se agragaba un algo que atraía, fascinaba, hipnotizaba. El hombre era también de figura esbelta, simpática, de continente expresivo, y de ojos investigadores más que inteligentes o amables. Llevaba cuaderno y lá-

41

piz, y contestaba a todas nuestras preguntas sin vacilaciones. Su esposa charlaba con mi señora y con mi secretaria, platicándoles brevemente sobre su niñez y juventud que pasó en Texas, pues es ciudadana americana, así como sobre su reciente llegada a Guadalajara, ciudad natal de su esposo. En una palabra, era comunicativa y como una niña. Estábamos encantados. Permanecimos un par de horas en la penitenciaría.

Al despedirnos supimos que la pareja no eran sino huéspedes de la prisión, y que esperaban ser juzgados de un cargo terrible. Un joyero muy conocido había sido asesinado en el Hotel en que ellos se hospedaban, y recaían sobre ellos sospechas acerca del crimen. Nos miramos con asombro. "Seguramente no son criminales", dijo uno de nosotros. El Alcaide permaneció en silencio. "Dígame Ud. en confianza", le pregunté, si existe en su contra un caso "prima facie". Temo que sí, y uno bastante serio. El joyero fué asesinado en el baño del Hotel en que se hospedaban, había ido allí a visitarlos y recibió 42 puñaladas, muchas de ellas mortales. Las huellas sangrientas iban del lugar del crimen al cuarto de la pareja. Sus sábanas y colchones estaban manchados de sangre. Uno de los colchones estaba materialmente cosido a puñaladas y en un ropero fué encontrado el puñal, el cual, aunque recientemente lavado, tenía señales evidentes de sangre. El hombre había abandonado el hotel y había permanecido fuera durante varias horas esa noche, y en el tiempo que duró su ausencia, la joyería fué robada, en dinero en efectivo y piedras preciosas por valor de 30 mil pesos. Al preguntarse lo que había estado haciendo se contradijo.

A fines de agosto fué llevada a jurado. En México, los acusados gozan de más privilegios para defenderse que en cualquier otro país del mundo civilizado, pero no obstante esto, los gargos se comprobaban. El hombre fué expuesto como uno de esos seres desgraciados que

carecen de voluntad de tal manera, y son ~~seducidos~~ con tanta facilidad, que en la vida su papel es el de víctimas engañadas. Su madre había perdido la razón cuando él nació, fué internada en un manicomio y ha estado vegetando allí desde entonces. No obstante, pudo subsistir estudiar medicina, y llegar a ser oculista, sin contratiempo hasta el día en que conoció a María Luna, quien lo hizo su amante y su esclavo. La amante fué expuesta en el jurado como persona de malos antecedentes. Al joyero se le comprobó ser persona perversamente inmoral, con vicios de los cuales se aprovechaban primeramente Becerra y después su amante para atraerlo al hotel y a su trágico fin. El 27 de agosto, el prisionero Becerra fué sentenciado a la pena de muerte, y a su compañera se le impuso una pena de veinte años. Apelaron en contra de la sentencia.

El 17 de enero de 1924, se andaban paseando por la ciudad de México y fueron arrestados a la salida de un baño público. El llevaba una pistola cargada. Al ser registrados se le encontraron documentos sumamente comprometedores, tales como planes de las minas puestas por los rebeldes para hacer volar los puentes. Había solicitado audiencia del Presidente Obregón, y tenía probabilidades de obtenerla. Su mujer confesó que el Gral. Estrada los había puesto en libertad y les había dado pasaportes y que muchas veces había ido a ver a su amante en la prisión. Becerra negó conocer a Estrada, y de esa manera se contradijeron uno a otro. Parece ser cierto que el objeto de su visita a México, fué el de obtener una audiencia del Presidente Obregón para asesinarlo. Si de casualidad no hubieran sido reconocidos, pudieron haber llevado a cabo sus fines. Una de las preguntas hechas a Becerra por el Gral. Almada fué la siguiente: "No es verdad que Estrada, al ponerlo a Ud. en libertad, concederle a Ud. una entrevista en el Palacio de Gobierno de Guadalajara, e insistir en que Ud.

43

obtuviera audiencia del Gral. Obregón, fué con el objeto de que Ud. asesinara al Presidente de la República?" No fué bajo esta condición bajo la cual obtuvo su libertad?

Esta pareja curiosa está probablemente disfrutando de libertad en alguna parte de la República, en donde el castigo es extremadamente lento y la prisión, que es la forma que toma generalmente, no es con frecuencia, más que un aislamiento interesante. Fueron abiertas las puertas de la mayoría de las Penitenciarías que cayeron en poder de los rebeldes, y en otros lugares fueron forzadas por los mismos prisioneros. Para cualquier criminal el asunto más importante es su vida; a esta se agregará en su tiempo todo lo demás.

Esta probabilidad de impunidad es una de las tentaciones a las cuales sucumben los soldados afortunados. Un general o un coronel se levanta en armas en Chihuahua o en Durango, a la cabeza de cien hombres, asalta los bancos locales y las oficinas del Gobierno, confisca el contenido de las cajas fuertes, aumenta esos fondos con préstamo forzoso, y después de algunas semanas de seguir robando, se rinde o simplemente sale al extranjero con sus ganancias, estableciéndose cómodamente y viviendo felizmente hasta que se presente una nueva oportunidad. No existe actualmente en ninguna parte del mundo, una manera más rápida de hacer dinero.

LA MODERACION DE OBREGON

Desde el principio hasta el fin, la actitud de Obregón era digna del revolucionario que expuso todo para evitar a su país más revoluciones, y del estadista que está luchando por cambiar la moral por la política. Nunca creyó que sus amigos fueran capaces de traicionarlo, hasta que la perfidia tuvo lugar recientemente en forma de rebelión, pero después de eso, rehusó tomar en consideración sus promesas o palabras de honor. Al dirigir las operaciones militares, se ca

44

llaba sus impresiones personales y se conducía con rara magnanimidad hacia los rebeldes. Cuando se le insistió para que usara gases asfixiantes en contra de éstos, se negó perentoriamente a llevar a cabo la sugestión. Ningún oficial que se rendía era castigado o juzgado. Los soldados engañados, eran vestidos, se les pagaba la cantidad de diez pesos, y eran enviados a sus casas. Durante la rebelión el Presidente gobernó al país sin hacer uso de la ley marcial y sin tener facultades extraordinarias. La libertad de la prensa llegó a ser licenciosa. Los ataques insolentes en su contra y en contra del Gobierno eran ignorados. Se toleraban pútricas de que los rebeldes estaban triunfando dondequiera, y que estaban ya en las goteras de la ciudad. La señora de la Huerta, la esposa de su ex-amigo y actual enemigo, fué tratada por el Sr. Presidente con toda clase de consideraciones. (Véase Excelsior de Marzo 16 de 1924). Ordenó que la Comisión Monetaria le hiciera entrega de todo su dinero, y puso a su disposición un carro especial para que la condujera a ella, así como a sus amigas y también sus muebles, hasta la frontera de los Estados Unidos, enviando un ayudante para que las acompañara y atendiera. Uno de los principales periódicos, que representa la oposición, dió tributo especial a su magnanimidad:-

"Si hemos de ser justos e imparciales, deberemos reconocer que el Presidente, con motivo de la última campaña militar, se elevó a considerable altura, conquistando merecidos aplausos de amigos y enemigos. Varias son las razones que fundan esta afirmación, que no es hija de la lisonja, sino de la justicia.

En primer término, el Gral. Obregón desplegó actividad notabilísima en el curso de las operaciones militares, las dirigió con intelligencia y las consumó con acierto. Esto no puede ponerse en duda, y negarlo sería incurrir en evidente falsedad.

Pero no son los méritos del soldado los que nos proponemos en-

15

comiar en este breve artículo, por más que los reconozcamos amplíamente, sino la generosidad, la hidalguía magnánima del Jefe de la Nación ante la derrota de los rebeldes....."

"Pero el Gral. Obregón ofreció a la Prensa y a la sociedad de nuestro país que respetaría la vida de los alzados que se rindiesen sin condiciones Y HA CUMPLIDO SU PROMESA. No se sabe, en efecto, hasta ahora, de un solo rebelde que después de entregarse al Gobierno, haya sido pasado por las armas. ¡Actitud única en la historia de nuestras guerras civiles, que honra y ennoblece al Gral. Obregón!"

"Puede estar seguro el Jefe del Ejecutivo de que tan loable conducta será fecunda en bienes para la Nación, y en prestigio y respeto para su persona y autoridad....."

(EXCELSIOR del 13 de marzo de 1924).

Debido principalmente al ejemplo de Obregón, la forma en que se llevó a cabo la revuelta fué mucho menos cruel, aún para los rebeldes, que en cualquier otro período de la historia de México. La odiosa LEY FUCA, en apoyo de la cual se fusiló a los enemigos políticos nocivos, con el pretexto de que han intentado fugarse, no fué aplicada jamás. No se cometió ningún acto de venganza por parte de las tropas federales. Es cierto que los rebeldes estaban un poco menos disciplinados. Asesinaron al Gobernador de Yucatán, Felipe Carrillo, y a sus hermanos, dinamitaron trenes y mataron a mucha gente pacífica, impusieron préstamos forzados, secuestraron a civiles y perpetraron otros actos criminales. Pero fueron menos salvajes que sus predecesores, que combatieron a las órdenes de Pascual Orozco o Pancho Villa. Comprendían que en México comenzaba a aparecer un espíritu de crítica encauzadora, que de hecho disuadía de su modo de ser a la opinión pública, que se inclinaba por la moralidad y condenaba la brutalidad, y que no podía ignorarse impunemente. Y la comprensión de la existencia de este nuevo factor, tra-

jo consigo buenos resultados. El Presidente del Comité Ejecutivo del F. C. Sud-Pacífico manifestó que los trabajos de dicho ferrocarril en México habían continuado durante la revolución. De los tres mil americanos que trabajan en dicha compañía, no se ha recibido queja alguna por ingerencias militares por parte de los combatientes. De esta manera, la opinión pública ha comenzado a purificar la atmósfera política de la República. Y es éste uno de los más interesantes aspectos de la revolución. Otro de ellos es la confianza que tienen los países extranjeros en el régimen obregonista, especialmente el pueblo americano. Los comerciantes, banqueros, capitalistas, y otros de esa nación continuaron sus empresas y proyectos de la misma manera que antes de la revolución, sin dudar nunca de que ésta sería sofocada prontamente a pesar de los telegramas alarmistas y capciosos publicados en los periódicos más importantes de San Francisco, Los Angeles, Filadelfia, Boston, y Nueva York. El Régimen de Obregón se ha creado un buen nombre por sus propios esfuerzos, y goza de un apoyo moral del cual no ha disfrutado ningún otro Gobierno desde Porfirio Díaz.

Lo hecho por el General Obregón durante la campaña, así como su obra como presidente, será recordada por mucho tiempo por sus conciudadanos, que se están dando cuenta rápidamente de su valor específico. Gozé del privilegio de viajar con él durante la campaña contra la revolución, y de escuchar sus órdenes, de oírlo dictar cartas y telegramas a toda hora del día y de la noche, y puedo decir que mi opinión de éste hombre, publicada antes de que fuera Presidente, ha sido ampliamente confirmada por su conducta pública y privada, y no necesita por lo tanto ni la más ligera modificación.

ECCE HOMO.

En cuanto a los rebeldes, algunos de ellos pudieron haber sido útiles a su país, aunque en poca escala, si hubieran prescindido de

47

su oposición a los sistemas constitucionales. Pero, teniendo ante sí una escalera de mármol, prefirieron hacer uso de la escala de los ladrones.

